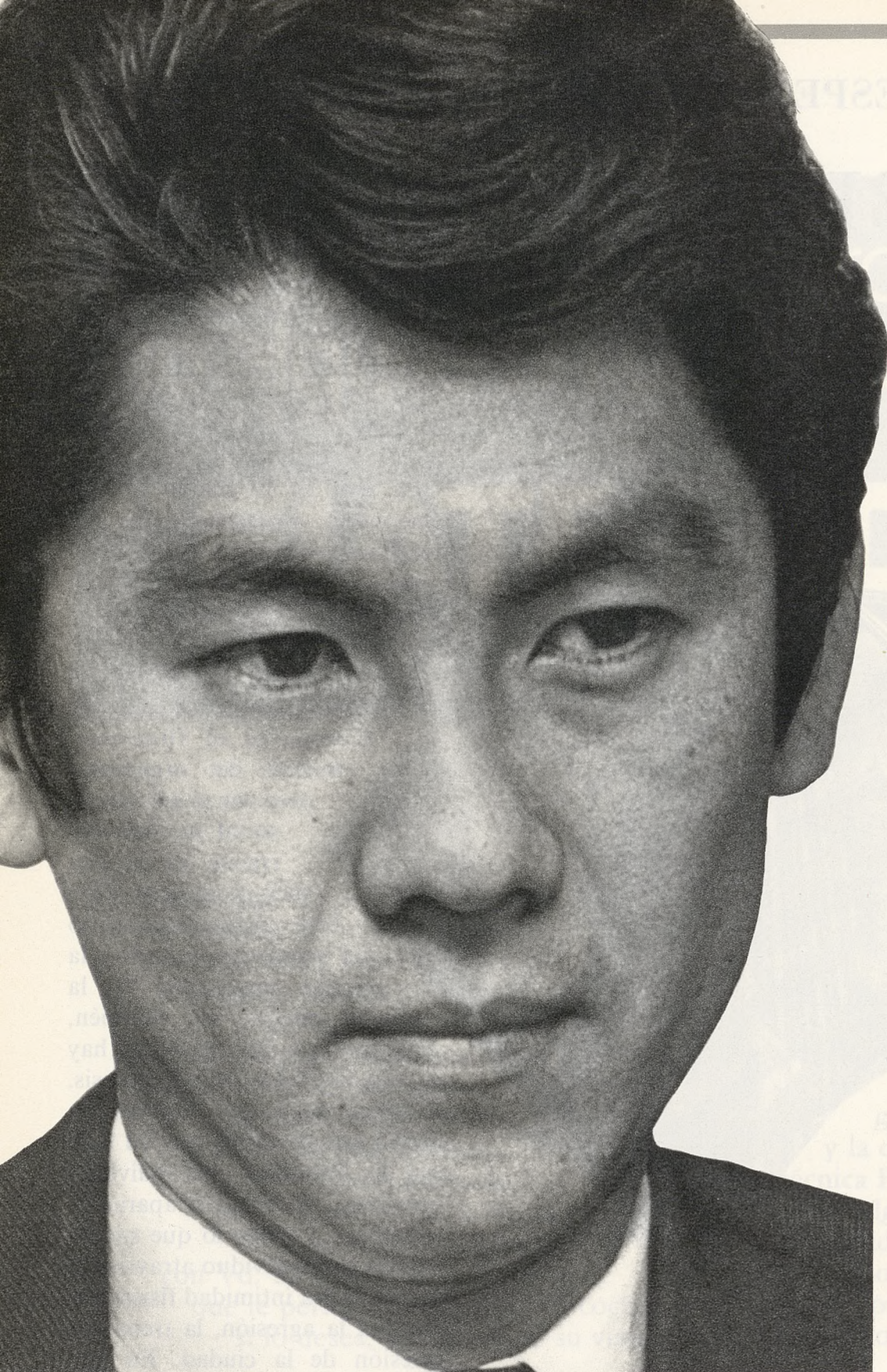




UN POETA BOLIVIANO EN MADRID

PEDRO SHIMOSE

La libertad de la escritura

Por
ANGEL LEIVA

ANTE *Caducidad del fuego* un hombre aspira los próximos relámpagos, reúne el tiempo eterno que otorga la poesía, y es esto o algo más cuanto parece proponernos este sudamericano de Bolivia, o más bien de cualquier sitio donde la vibración de Pedro Shimose pueda fijar su residencia fija de hombre y de poeta.

A lo largo de una estabilidad sensible que se manifiesta entre esa lineal pura por la que se conduce, paladea, habita o imagina, Shimose esgrime los distintos elementales ecos del ser en movimiento y que además funciona en posesión de datos, que resultan únicamente permisibles a aquél que hilando por lo fino procura registrar un alto momento de la lírica.

Caducidad del fuego, el libro de Shimose, accésit en el concurso «Leopoldo Panero 1975», está aguardando ahora a que yo diga que entre la libertad de su escritura pueden advertirse no los signos artificiales del oficio, artesanalmente hablando, sino ciertas destacables señales que por cierto contiene este importante libro: La carga necesaria de quien sabe que más allá del sufrimiento por la vida, otro hombre viene a describirnos su destino. Y éste es Shimose, y es el libro de poemas donde la *doliente quimera* alcanzó ya la dimensión y altura que requiere toda verdadera poesía.

SECRETO DOLOR

Porque *Caducidad del fuego* se ha visto desprenderse desde las entrañas, sobrepasó los límites del secreto doloroso, para adentrarse finalmente entre sus vivos, como quien se planta ante la bestia, nos sacude; hurga y deposita en el sitio donde *vuelvo el rostro y veo la dimensión del odio*.

Juzgado en términos de una objetividad aparente, *Caducidad del fuego* se nos representa como un libro espléndido-perfecto, salvo esas lagunas visotemporales donde Shimose acude al conocido recurso del gra-

fismo, pero que por fortuna para la buena poesía contemporánea él mismo entiende que no es todo y por lo mismo intenta las caléndulas del rigor poético, que partiendo del lenguaje paraconstructivo logra silenciosamente cuanto se propone, lo que es decir ya mucho.

Shimose o la poesía de Shimose, eso está claro, posee el misterioso don del árbol de la alegría de la tierra prometida, que en Ungaretti nos arroja esos pequeños-grandes frutos de la pasajera dicha y que pueden sostenerse bajo la vocación de aquella temporalidad difícil del espacio, donde también Pedro parece convencer-nos de que tal vez existan soledades nuevas. Aquello inobjetable que resulta cuando lo trascendente toma forma de continuidad cifrada por el exacto momento de asumir la vida en función crítica.

El poeta acierta, si vale la palabra, cuando dice: *La realidad no es culpa mía. Yo no la hice*. Pero conocedora del tiempo neblinoso que nos cubre, la poesía de *Caducidad del fuego* habita el tempo de los rituales ritmos del espíritu hacedor, atiza las cenizas todavía calientes de la perpetuidad amorosa y crea como si se paseara por el *Mar del norte* hasta llegar diciéndonos:

Arriba el viento y borra
las huellas de la luna
sobre los médanos de
Zeebrugge.
Todo es nuevo.
No sé nada
ni recuerdo nada...

Quizá porque la realidad en Shimose es solventada por la subjetividad surgente del poeta, y hasta que el hombre adscribe al tiempo de quienes aparecen para develarnos otras incógnitas, cuyas corrientes yacen insepultas en el Unamunismo humano de aquel gran maestro, es que perduran afortunadamente estas señales luminosas para que a ojos vistas se desnuden los melancólicos poderes de este siglo.

Está de más decir que la poesía de Shimose entonces habrá encontrado el alba, la horizontal del bello día y por la que todo hombre se desvive, máxime cuando éste se plantea, a través de las dificultades que la palabra escrita proporciona, una resolución de ideas. Lo que cabe preguntarse es si después de esta *Caducidad del fuego*, volverá Shimose a

colocarse entre aquellos poemas para mi pueblo o los triludios en el exilio, por lo que también ahora en este libro augura desde su honorable *Quinta de San Pedro Alejandrino*:

Reducido a ti mismo
eres arcilla
dolida de ser
hombre.
En el exilio
es donde tú,
extranjero
que interrogaste al sueño,
descubres
que eres apenas un
error
.....

Se trata de un poema tomado así al azar, pero que viene a cuento porque podamos encontrarnos con el poeta haciendo su camino, como diría Machado, en el orfebre acto de dilucidar el paso por la vida y que en solariega noche extrae como un taur de firma aquellas cartas de la desesperación del mundo. Y así se salva la poesía, el hombre.

POESIA COMPROMETIDA

Para terminar explico que, más allá de la significativa zona donde el poeta se convierte en hombre-páramo, las alusiones críticas o referenciales en torno a la obra de Pedro Shimose resultan muy difíciles de apuntar en poco tiempo, salvo como no fueran ciertos rasgos de la visibilidad inmediata que percibo y que el degustador que piensa en un sentido más o menos práctico expone esto que siento: La poesía de Shimose o *Caducidad del fuego* alcanzan por ahora cuanto el poeta posiblemente ha venido a proponernos: La necesidad de mostrar inteligentemente un tiempo que nos corresponde. Será el poeta entonces quien a través de unas preguntas corrobore, tache, agregue, si es preciso, en cuanto a lo que hasta aquí viene apuntando.

—¿Existe la poesía comprometida?

—Para quienes creemos en la libertad, todo acto es una elección y toda elección es un compromiso. Pero hablar de «poesía comprometida» es riesgoso porque, por lo general, este terreno suele confundirse con la llamada poesía social, cívica o política. Debo aclarar, para el lector español, que yo escribí y publiqué este tipo

de poesía que, a partir de 1973, he desechado.

—¿Y por qué a partir de una fecha tan precisa?

—Porque en 1973 visité Cuba en calidad de jurado de poesía del Premio Casa de las Américas. Dicha visita fue suficiente para echar por tierra mis simpatías hacia Cuba y la experiencia socialista que se lleva a cabo allá. Lo que vi —mejor dicho, lo poco que me dejaron ver— ha sido más que suficiente para darme cuenta de que aquello es un sistema totalitario. Fundado en esta convicción dejé de creer en el tipo de poesía que yo escribía. Sin quererlo, mi poesía libertaria favorecía a una ideología que niega la libertad.

—¿Crees que tu estancia en España ha influido en tu poesía?

—Creo que sí, sobre todo porque me ha permitido reflexionar sobre el lenguaje y me ha obligado a repensar mis experiencias.

—¿Qué opinión te merecen los concursos literarios?

—Los concursos son necesarios. A través de ellos los poetas conseguimos que nos lean otros poetas; además, los concursos significan, casi siempre, una recompensa económica que nunca deja de alegrarnos.

—¿Qué opinas de la nueva poesía hispanoamericana?

—La nueva poesía hispanoamericana no tiene, desgraciadamente, ni la coherencia ni la difusión que tuvo, por ejemplo, la nueva narrativa hispanoamericana. Los nombres de los patriarcas siguen dominando nuestras lecturas y nuestras conversaciones. Por otra parte, hacen falta críticos de poesía que empiecen a «sistematizar» y analizar obras importantes como las de los mexicanos, nicaraguenses, peruanos, argentinos, colombianos, etc.

—¿Qué influencias recibe tu poesía?

—Prefiero hablar de estímulos. Toda lectura de poesía (cualquiera que sea el autor) constituye un estímulo para el artista. Es, pongo por caso, lo que me ha ocurrido últimamente con Alan Borne.

—Pero tendrás preferencias, es decir, autores o libros a los cuales siempre vuelves.

—Sí, la Biblia (ahora estoy leyendo la versión protestante de Valera), Platón, Shakespeare, San Juan de la Cruz, Goethe, Hölderlin, Hopkins, Vallejo, Cernuda y un largo etcétera. —■